

El LEGADO

de enseñanza de Derek Prince



El campo de batalla de la mente

¿Alguna vez ha sentido la convicción de que algo malo iba a suceder? Por ejemplo, ¿usted sabía que no obtendría un empleo, aun antes de la entrevista, y luego resultó que lo obtuvo? ¿O estaba seguro de que los niños sufrirían un accidente automovilístico de regreso a casa, y luego llegaron bien? Podemos recordar muchas situaciones pasadas similares a estas, y nos preguntamos por qué nos inquietamos tanto. ¿Ha llegado a veces a la conclusión de que su preocupación estaba “sólo en su cabeza”?

No es de sorprender que la Biblia trate el tema del síndrome de lo que “sólo está en la cabeza”. Dios entiende, cuando no es algo voluntario, que somos capaces de imaginar un sin número de situaciones que involucran relaciones rotas y sucesos nefastos. De modo que Él ha establecido instrucciones en su Palabra para reconocer y sobreponernos a la tendencia a dejar que nuestra mente nos haga divagar.

En realidad, estas batallas en nuestra mente son parte de la experiencia cristiana. En 2 Corintios 10 Pablo habla acerca de esto de manera clara. En el versículo

tres dice: Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne.

Pablo dice que vivimos en un cuerpo físico sobre un mundo material. Aunque estamos en una guerra, ésta no se libra en la esfera física o material. Se trata de un reino diferente. Él lo explica en el versículo cuatro: *porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas...*

Dios nos ha dado las armas adecuadas, porque esta guerra en la que estamos envueltos no se libra en

la esfera física. Nuestras armas no son físicas sino espirituales. Dios nos ha dado armas espirituales que destruyen fortalezas. En esta guerra hay fortalezas que se oponen a nosotros y a Dios. En el versículo cinco, Pablo describe también estas fortalezas: *...derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo...*

Todos estos términos apuntan a la esfera de la mente: argumentos, el conocimiento de Dios, y llevar todo pensamiento cautivo. Pablo ha dejado claro que el campo de batalla es la mente.

Por consiguiente, las presiones en su mente no son anormales ni extrañas, sino parte de la vida cristiana. No son evidencia necesaria de que usted hace algo malo, o que anda por mal camino. Simplemente es parte de su vivencia como cristiano.

El enemigo interior

En cierto punto de mi experiencia cristiana hice un asombroso descubrimiento: que tenía en mi interior a un enemigo de Dios. Aunque era cristiano y servía a Dios, me di cuenta de que mi enemigo era mi propia mente. En Romanos 8:7, Pablo explica:

Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.

Yo crecí con una mente sumamente educada. Asistí a universidades de prestigio y llegué a ser profesor. Sin embargo, el problema fue que la mente que recibía educación era enemiga de Dios. Tenía en mi interior un enemigo de Dios sumamente educado.

Muchas personas confían en la educación. Pero la educación no hará que cambie su mente para que ésta deje de ser enemiga de Dios. Tan sólo educará su mente tal como es. Si usted tiene una mente carnal y asiste durante cinco años al seminario, es probable que salga de allí con una mente carnal muy educada en su interior.

Tiene que haber un cambio radical y completo. En 2 Corintios Pablo dice que Dios nos ha dado las armas adecuadas. Hay muchas armas que nosotros podemos usar en esta guerra, pero creo que las dos más importantes son el tiempo invertido en la Palabra de Dios y la oración.

A comienzos de mi vida cristiana tuve la experiencia de tener que confiar en la Palabra de Dios durante un año entero para recibir sanidad física. En Mateo 4:4, Jesús dice que el hombre vivirá “de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Yo tuve que vivirlo. Al final de ese año, no solamente mi cuerpo sanó, sino que mi mente fue transformada por completo. Había aprendido a pensar diferente. Había aprendido a pensar en los términos de la Palabra de Dios.

Aún así, permítame aclararle que en el transcurso de ese año libré muchas batallas de oración. Tuve que abrirme paso y luchar hasta encontrar la verdad. Tuve que rechazar mentiras del diablo como la duda, el desánimo y el temor, y tuve que hacerlo por medio de la oración. Usé estas dos armas poderosas, la Palabra de Dios y la oración, y al final gané la batalla en mi mente.

Tres fortalezas

En 2 Corintios Pablo habla de “fortalezas”. Otra traducción lo expresa como “fortalezas en nuestra mente”. ¿Cuáles son esas fortalezas? He meditado mucho en esto, y me permito sugerir tres que considero primordiales.

La primera es el orgullo. La fortaleza más grande en la mente humana que no ha sido regenerada es el orgullo, el orgullo que busca lo suyo, piensa en lo suyo, y se exalta a sí mismo.

Casi todas las razas y naciones tienen una medida de orgullo nacional. Yo soy británico de nacimiento, y créame que los británicos son un pueblo orgulloso. Puede tomar mucho tiempo lograr que un británico admita que tiene un problema con el orgullo.

Alemania es otro país con un historial de orgullo nacional. Creo que el nacionalismo es la clave que llevó a Hitler a dominar al pueblo alemán, incluso a multitudes de alemanes cristianos.

El orgullo en las denominaciones eclesiales constituye otra forma de manifestación de esta fortaleza. Algunas personas dicen: “conozco mi denominación, así que no me diga algo contrario a la doctrina de mi denominación, aunque esté en la Biblia”. Esto puede decirse de bautistas, metodistas, pentecostales, presbiterianos, y una lista interminable. Si usted piensa aferrarse a todo lo que tiene cierto rótulo, sea protestante o católico, presbiteriano o pentecostal, o lo que sea, creo que tiene una fortaleza de orgullo en su mente.

Del orgullo se desprenden los prejuicios, que son conceptos definidos antes de haber conocido los hechos. Estos denotan una actitud cerrada, destructiva, y arrogante.

La tercera fortaleza son las ideas preconcebidas, que es pensar que se sabe algo sin saberlo en realidad, con la presunción de tener una imagen clara de algo que en realidad se desconoce.

Permítame proponerle una manera de evaluar las fortalezas en usted. Si cuando se menciona una de estas fortalezas usted se siente inquieto, debe ser lo bastante sincero consigo mismo para considerar que tiene algo pendiente. La razón más importante para enfrentarlo es que estas fortalezas bloquean la entrada de la Palabra de Dios en su vida. Esto aprendemos en el Salmo 119:130:

La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples.

¿Quiere luz y entendimiento? ¿O quiere seguir en tinieblas, ignorancia y prejuicio? Usted debe elegir. Si quiere luz y entendimiento, deberá enfrentar esas fortalezas en su propia mente con la verdad de la Palabra de Dios y con el poder de la oración. Humíllese y deje que la Palabra de Dios haga su obra en usted, lo cambie, lo transforme, lo renueve y ponga su vida en orden.

Quizá le asombre que yo sepa tanto de usted. En realidad no es así. Conozco acerca de todos nosotros, pues todos somos vulnerables a estas fortalezas. Todos libramos una batalla espiritual en nuestra mente, y Dios nos ha dado las armas para vencer.

El yelmo de la esperanza

Aprendí de primera mano cómo usar armas. Desde 1949 y a lo largo de unos nueve años fui pastor de una congregación en Londres, Inglaterra. Alcancé cierta medida de éxito en mi ministerio. Con frecuencia veíamos en nuestra iglesia personas que eran salvas, se sanaban, y eran bautizadas en el Espíritu Santo. Aún así, yo tenía problemas personales para los cuales no tenía respuesta. En particular, sufría ataques de depresión que venían sobre mí como una nube negra y pesada. La nube parecía oprimirme y separarme de toda comunicación normal con otras personas, incluso con mi familia.

Luché contra esto por todos los medios posibles que conocía. Oré, ayuné, tomé determinaciones, hice todo lo que sabía hacer, y nada mejoraba. De hecho, entre más oraba y ayunaba, más empeoraba mi situación. Recuerdo que una de mis hijas, que tenía unos 14 años en esa época, me dijo un día: “papi, por favor no ayunes. Empeoras cuando ayunas”.

Había agotado todas mis soluciones, y un día la frase de Isaías 61:3 llamó mi atención: *manto de alegría en lugar del espíritu angustiado...*

Cuando leí esa frase, me di cuenta de repente que se trataba de un espíritu, una personalidad que me analizaba, conocía mi debilidad, y sabía cómo y cuándo atacarme. No estaba frente a una mera condición mental o psicológica que yo padecía. No luchaba contra un simple hábito. En cambio, había una persona decidida a atacarme, enviada por el mismo Satanás, que me analizaba y planeaba mi caída.

Entonces comprendí por qué la presión empeoraba cuando más deseaba servir al Señor: la misión de ese espíritu era impedirme servir a Dios. Cuando yo era un poco descuidado o indiferente, la presión cedía.

Pero mientras más me consagraba y más fervoroso era, más fuerte era la presión. Estaba frente a una personalidad que sabía cómo y cuándo ejercer presión sobre mí.

Reconocer la identidad de mi enemigo fue un gran avance. Busqué en las Escrituras y encontré un versículo que a mi modo de ver proveía la solución a mi problema. Se trata de Joel 2:32, que dice:

Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.

Yo creí que esta promesa era tan universal como Juan 3:16:

para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Consideré que Joel 2:32 era una promesa específica de liberación. Puse los dos pasajes juntos: Isaías 61:3 y Joel 2:32, e hice una oración muy específica. Nombré al espíritu (espíritu angustiado) y clamé al Señor por su promesa (“todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo”).

Así oré: “Dios, en el nombre del Señor Jesucristo, y conforme a tu Palabra, te pido que me liberes de este espíritu angustiado”. Después que hice esta oración específica y bíblica, fue liberado. La presión desapareció.

Después continuó mi experiencia de aprendizaje. Aprendí que una cosa es ser liberado, y otra cosa muy diferente es permanecer libre.

Dios empezó a mostrarme que Él había hecho su parte, y que ahora yo debía hacer la mía. Él había liberado mi mente de esta presión demoníaca. Ahora yo debía tomar la decisión de reeducar mi mente, es decir, de cultivar una forma de pensar completamente nueva. Antes de recibir liberación yo era incapaz de hacerlo. Pero después de ser libre era mi responsabilidad hacerlo. Dios había hecho su parte liberándome, pero yo tenía que hacer la mía guardando mi libertad.

Creo que esto es cierto en casi cualquier esfera en la que Dios interviene en nuestro favor: salvación, sanidad, liberación. Dios hace su parte, y luego nos corresponde hacer la nuestra. La parte que a usted le corresponde es mantenerse, es decir, conservar aquello que Dios le ha dado.

El LEGADO de enseñanza de Derek Prince

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas en este artículo fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960. Se permite la reproducción de artículos de los archivos de DPM para la distribución gratuita. Para tener acceso a otros materiales de Derek Prince, diríjase a ministeriosderekprince.org.



MINISTERIOS DEREK PRINCE
PO BOX 19501 CHARLOTTE, NC 28219 704.375.3556 WWW.MINISTERIOSDEREKPRINCE.ORG

DEREK
PRINCE
MINISTERIOS

TL05_1SP